HERALDO DE ALCOY

NÚM. 1.719 — DIARIO DE AVISOS, NOTICIAS É INTERESES GENERALES — AÑO VIII

1903

Sábado 6 de Junio

LAS VEINTISIETE

Había oído hablar Ramiro Nozales de cierto filósofo, el cual no era de estos metafísicos sutiles consagrados día y noche á la investigación de las causas y orígenes, relaciones y substancialidades de lo creado y lo increado, sino que, al contrario, complaciéndose en bajar á la tierra, aplicaba su inteligencia ejercitadísima á comprender lo relativo, aceptando al hombre, no cual salió de las manos divinas, sino con las modificaciones que le impone la sociedad. En suma; el tal filósofo, en vez de profesar teología, ontología ó cosmología, profesaba mundología, pero mundología elevada, quintesenciada y sutil; sus alumnos aprendían de él la aguja de marear más sensible y la gramática parda encuadernada en el tafilete de Esmirna más suave y bien curtido; y Ramiro Nozales, incitado por la fama que el filósofo iba ganando, se resolvió á consultarle y á oir sus lecciones, que en verdad le hacían buena falta.

Recibió el filósofo al nuevo alumno de noche, en la biblioteca, de elegante severidad, muy abarrotada de libros y alumbrada por un gran quinqué, cuya pantalla figuraba melancólico buho; al través de sus pupilas de esmeralda se traslucía claridad misteriosa y fosfórica. Nada hay que desate la lengua como la semiobscuridad y la luz verdosa y velada; así es que Ramiro abrió su corazón, hizo su completa biografía, refirió sus cuitas y declaró que se encontraba, á los treinta años de edad, saturado de desengaños y amarguras, semiarruinado y con un pinchazo en el cuerpo, que, si no acierta la espada á resbalar en una costilla, bien podría haberle atravesado el corazón. Escuchó el maestro atentamente, acariciándose la aliñada barba negra, sonriendo á ratos; y otros reflexionando; la blancura marfileña de su frente calva y el reflejo de sus limpios dientes iluminaban su faz, en que los ojos parecían dos manchas de sombra. Así que hubo terminado Ramiro, el filósofo tomó la palabra.

—Su historia de usted—dijo—nada tiene de particular. Se parece á las de otros muchos, á quienes he curado, asegurándoles existencia dichosa, sólo con un sencillísimo cuerpo de doctrina reunido en breve espacio. Todo lo que le ha sucedido á usted de malo y desagradable, es debido á que usted ignora esa doctrina sabia y benéfica. Los desengaños los ha recibido usted de sus amigos; del uno respondió usted y él cometió desfalcos; en el otro depositó usted confianza, que él vendió; el de más allá le quitó á usted la novia. La semi-ruina de usted procede de prestar cantidades para sacar de apuros á determinadas personas, que todavía no le han devuelto un real. El pinchazo, es porque tuvo usted la inadvertencia de avisar á un creyente de que le engañaba una hembra, la cual le persuadió de que usted procedía así por despecho. Esto lo sé por usted mismo; no puedo estar mejor informado.

—Verdad es—asintió Ramiro.—Pero me parece asaz difícil, por no decir imposible, evitar tales contingencias, viviendo entre hombres; y puesto que ya lo pasado no se ha de remediar, quisiera precaverme contra lo que está todavía por venir. No soy tan viejo que no deba esperar mejor fortuna, ni tan mozo que la imprevisión me ciegue. Venga, pues, ese cuerpo de doctrina breve y categórico, que yo lo pondré sobre mi cabeza, como se ponen los textos sagrados.

—La doctrina—dijo el filósofo lentamente—no consiste más que en una lista ó Catálogo...

—¿Una lista?—repitió Ramiro con sorpresa.

—Sí tal: una lista... de las veintisiete cosas que no le importan á usted.

—¿De las que me importan, querrá usted decir?

—De las que no le importan, repito. Porque ha de saber usted que todas las desazones, berrinches, tribulaciones y pérdidas que en este mundo padecen los mortales, no las padecen por lo que les importa, sino por lo que debiera, en rigor, tenerles sin cuidado; y así, desde el momento en que usted se imponga y entere de lo que no le importa un comino, meditará usted despacio en que no debe arriesgar ni el valor de ese comino por ello, y después de asimilarse verdad tan patente, si procede usted en consecuencia, libre quedará de cuantos sinsabores hasta el día le han agobiado. Voy á escribir la lista: entretanto, diviértase usted en recorrer esos libros, que tienen grabados muy hermosos.

Obedeció Ramiro, algo mortificado en su amor propio, y á la media hora recibía de manos del filósofo una tira de vitela que encerraba veintisiete renglones manuscritos, separados por barras de tinta roja. Al recogerse á su casa, no tuvo Ramiro cosa de más prisa que aprenderse de memoria el Catálogo de las veintisiete cosas que no le importaban... y, bien empapado en aquellos preceptos negativos, se dedicó á seguir su vida habitual.

En la primera reunión á que asistió, la casualidad le hizo sorprender, en un espejo, furtivas señales de inteligencia entre la única hermana de su mejor amigo, niña candorosa, y un tronera de peor intención que un toro; su impulso fué avisar al hermano, pero inmediatamente recordó la tira de pergamino: una de las veintisiete cosas que no le importaba, era «la conducta de la mujer ajena». Callóse, pues, como un muerto, y á los quince días el tronera robó á la muchacha.—Al salir del sarao, un mozalbete provinciano, que había sido recomendado á Ramiro por su familia, se despidió de él delante de un garito: Ramiro comprendió que iba á jugar, á buscar, probablemente, la desesperación y la deshonra; pero su Código fundamental decía que una de las «veintisiete cosas» eran «los vicios de los demás»; y no experimentó remordimiento alguno cuando poco tiempo después supo que el mozalbete se había pegado un tiro.

A cada momento resaltaba la virtud de las enseñanzas del sabio: apenas se ofrecía circunstancia que no la demostrase. En el Catálogo de «las veintisiete» se incluían todas las ocasiones que de malgastar oro, voluntad y salud, se ofrecen á un hombre en la vida social. Al practicar la doctrina del filósofo, aquel retraimiento discreto y prudentísimo, aquella abstención admirable, Ramiro conocía que su calma, su seguridad, su hacienda, su misma reputación y buen concepto crecían de contínuo. Cuanto menos hacía, cuanto menos se exponía, más le respetaba y consideraba la gente, y aumentaba su crédito y ganaba simpatías. Al principio, Ramiro no cesaba de bendecir al filósofo. Su estado moral se traducía en una sensación física muy rara. Parecíale que alrededor de su cuerpo iban elevándose unos muros, invisibles para todos, visibles sólo para él. Estos muros, al principio leves y mal cimentados, poco á poco se convertían en grueso reducto aspillerado, sólido é inexpugnable. Detrás de aquella fortaleza, ¡que le atacasen! ¡Vengan enemigos! Y por si no bastaban los muros, sintió Ramiro que sobre su torso también nacía y se condensaba una coraza de acero, templada, recia, á prueba de bala y puñal. ¡Qué tranquilidad tan grande y provechosa, sentirse resguardado por el impenetrable metálico forro!

Sin embargo, corriendo días, Ramiro

— 164 —

—Iré yo también, murmuró Eva Meredith, con voz apagada.

—Es imposible, le dije. Es menester ir pronto, lejos quizás, y en la situación en que usted se encuentra... Sería arriesgar su vida y la de su hijo...

—Iré yo también, repitió Eva.

¡Oh! Entonces conocí cuán cruel sería dejarla sola. Si hubiera estado allí su padre ó su madre, la hubiéramos mandado quedarse, la hubiéramos obligado á ella á la fuerza; pero estaba sola en la tierra, y á todas mis atolondradas súplicas respondía siempre con acento sordo:

—Iré yo también.

Salímos. Las nubes entonces ocultaban la luna; no había luz ni en el cielo ni sobre la tierra.

Apenas podíamos, al incierto resplandor de nuestros hachones, distinguir el camino.

Un criado marchaba delante, inclinando su hachón á derecha é izquierda para alumbrar las zanjas y matorrales que servían de lindero al camino.

En pos suyo Mme. Meredith, el jardinero y yo seguíamos con nuestra vista el rayo de luz que proyectaba la llama, mirando llenos de angustia si divisábamos algún objeto.

De vez en cuando el criado y yo levantábamos la voz llamando á Mr. Meredith.

En seguida un apagado suspiro murmuraba apenas el nombre de William: como si algún corazón hubiera contado con el instinto del amor para hacer oir mejor sus lágrimas que nuestros gritos.

Llegamos al bosque. Comenzaba á llover, y las gotas golpeando en las hojas de los árboles hacían un ruido tan triste, que parecía que todo lloraba en derredor nuestro.

— 161 —

VI

Recordé de pronto (este era un pensamiento propio de un médico), que en medio de sus inquietudes, Eva no había tomado nada desde por la mañana, y que era imprudente en la situación en que la primera palabra que sobre esto pronuncié, levantó hacia mí sus ojos, como reconviniéndome, y esta vez el movimiento de sus párpados hizo rodar dos lágrimas por sus mejillas.

—¡Por su hijo de usted señora! le dije.

—¡Ah! ¡tiene usted razón! murmuró entonces. Y se levantó para dirigirse al comedor; pero en el comedor había dos cubiertos preparados en la pequeña mesa; lo cual en aquel momento me pareció tan triste, que me quedé sin poder decir una palabra y sin hacer un movimiento.

La inquietud que se apoderó de mí, me atolondró completamente, y me hallé demasiado torpe para hablar de co en que no pensaba.

—Y sin embargo, me decía á mí mismo, yo para consolarla, y ella me ha hecho llamar jeto.

Sin duda habrá mil razones para busquemos una.—Busqué... busc

notó como un vapor de angustia, ligero al pronto, mas caracterizado después. Era opresión al corazón y á los pulmones; era falta de aire, vago malestar, unido á cierta especie de modorra. Juraría él que la dichosa coraza iba estrechándose, y por todos lados le oprimía. Tanto llegó á fatigarle este mal, que al fin; triste y mohino, fué á llamar otra vez á la puerta del sabio, á quien encontró en la misma severa biblioteca, alumbrado por las pupilas blancas y fascinadoras del buho.

—¿Viene usted á darme las gracias?— preguntó apaciblemente.

—Sí y no...—fué la respuesta de Ramiro.—No cabe duda que le debo á usted gratitud. Me ha evitado usted desazones, gastos y ridiculeces sin cuento. Me ha granjeado usted la estimación general; desde que no me empeño en hacerles ningún bien, los hombres me aprecian y consideran doblemente. Mi situación es cien veces mejor que cuando vine aquí á recibir de manos de usted el Alcorán de la sabiduría. Pero el caso es que me falta algo... no sé qué; y la coraza conque usted me ha revestido, me ahoga. Antes, cuando «me importaba lo que no me importaba... creo... sospecho á veces... perdóneme usted si digo una tontería... pero se me figura que, por momentos, era yo más feliz... y más bueno... ¡De esto sí que estoy seguro! ¡Yo era más bueno!

Calló el sabio, y entretanto sus pupilas de sombra, vastas y profundas en su cara descolorida por el reflejo verde, se fijaron en el afligido discípulo. Al fin, en voz grave, esa voz que se timbra con broncíneo son al pronunciar solemnes palabras, dijo:

—Usted vino aquí á pedirme el tuétano de la sabiduría humana. Yo se lo dí en lo que usted llama «Alcorán». Si eso no le basta, si nota asfixia del alma, vacío de abismo..., entonces no le soy á usted necesario; mi «Alcorán» sobra. Coja usted el Evangelio.

EMILIA PARDO BAZÁN

DISEÑOS

Á UNA AMIGA

Tambien á tus ojos habrá asomado una alegría; también de tus labios habrá salido una sonrisa; también, querida amiga, en tu cerebro se habrán agitado mil ideas y en tu corazón mil sentimientos hermosos.

Estoy bien seguro, de que te habrás dado cuenta en estos días, de lo que ha pasado ante tu vista á esa hora en que el sol cruza el meridiano.

No debiera hablarte del aspecto que Alcoy ofrece á la hora en que un pueblo trabajador abandona fábricas y talleres, pues desde hace un mes has tenido más ocasión que yo de presenciarlo; pero pueden más mi pluma y mi deseo recordando esa hora en que el pueblo descansa y es feliz.

Como un hormigueo incesante que apenas si dura treinta minutos, cruzan las calles con paso chiquitito, pero apresurado, cientos y miles de muchachas de bonitos rostros y sonrosados labios; unas morenas como tú; otras, rubias como las hebras de oro; otras..... ¿á qué enumerarlas, si sabes que me gustan todas?

Ligeras como palomas, corren, casi vuelan hacia el hogar que las espera ansiosas, y aunque bajo el brillo de las modestísimas ropas que cubren sus encantos se oculte una sombría historia de lágrimas, dolores y miserias, notarás como sus juguetones y hermosos ojos traslucen satisfacciones inmensas de haber ganado el pan con la más hermosa de las virtudes del hombre: el trabajo.

Y es que abrigan la esperanza de que sin ambiciones, ni egoísmos, pero con un pleno conocimiento de la dignidad, ese es el mejor modo de sobrellevar con honradez la vida y la existencia.

Yo las contemplo y las admiro, como tú también, querida amiga, las habrás contemplado y admirado, pues hallo en el alma de las mujeres alcoyanas rasgos de hermosas ideas y pensamientos sublimes que tanto honran y enaltecen á un pueblo; pero hoy al verme obligado á abandonaros, siempre recordaré con gusto esa hora en que el trabajador abandona fábricas y talleres, ¡esa hora en que el pueblo descansa y es feliz!

E. D. ARISTIZÁBAL.

EL CIEGO DEL FAROLITO

«Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena», dice un adagio castellano, enseñándonos á ser muy cautos en formar juicios de la conducta ajena por más rara é inexplicable que nos parezca.

Se retiraba bastante tarde todas las noches un pobre ciego que vivía en uno de los barrios más extraviados y oscuros de la ciudad y llamaba la atención de los transeuntes porque no emprendía la retirada sin llevar encendido un farolito, del que cuidaba con gran esmero para que nunca le faltase aceite, ni dejara de tener en buenas condiciones la mecha.

Reíanse de él, porque ¿para qué quería el ciego un farol, si no veía? Otros, los más, porque en el mundo somos así, negaron sus limosnas al infeliz, porque, no había duda, no era más que un farsante, que se fingía ciego para excitar la caridad del prójimo, y la prueba no podía ser más evidente; como que cuando podía correr riesgo por la falta de luz, cuidaba muy bien de llevar su farolillo.

Mermaban las limosnas y arreciaban las injurias, hasta que un transeunte medio burlón y medio compasivo, le detiene y le pregunta:—¿Si verdaderamente sois ciego, para qué necesitáis la luz y si no lo sois para qué hacéis la farsa de serlo?

—¡Ay, hermano! contestó el pobre: llevo el farolito, no por ver, sino para que me vean y no tropiecen conmigo. Si no fuese ciego, ¿necesitaría este medio para librarme de chocar con los transeuntes?

Corrió la versión y cada quisque, avergonzado del mal que se había hecho al desgraciado, procuró echar la culpa de la injuria al vecino, pero cuentan las crónicas que á ninguno se le ocurrió remediarla.

El pago á los repatriados

La real orden sobre orden en el cobro de alcances, que anunció el ministro de la Guerra en el Senado, se ha publicado ya y contiene las siguientes disposiciones:

El millón y pico que acaba de entregar la Hacienda y las cantidades que entregue en lo sucesivo, así como las que tengan en depósito las comisiones liquidadoras, serán aplicadas desde luego al pago de alcances de los repatriados de tropa que personalmente los reclamen, y no sólo, como hasta aquí, de los que figuren en las relaciones abonadas por el Tesoro, sino de todos los que estén en las liquidaciones formalizadas.

Cuando éstos se hallen pagados entrarán en turno los jefes y oficiales que tengan alcances; después los herederos de fallecidos (mediante reclamación personal), y con preferencia de los de tropa, y, por último, los que hayan de cobrar por medio de representante ó apoderado ó cualquiera otra tercera persona.

De este modo los primeros en cobrar serán indefectiblemente los individuos de tropa.

Además se dispone que cuando una comisión haya terminado de pagar á los del primer grupo, y le queden fondos, dé cuenta al ministerio de la Guerra para que se disponga la remisión de dichos fondos á otras comisiones que no hayan podido pagar á todos los de tropa, á fin de que no resulte ilusoria la preferencia establecida á favor de éstos ni se constituyan depósitos con destino á los acreedores de otros grupos que no estén aún en turno para el cobro.

— 162 —

en silencio, maldiciendo cien veces en un solo minuto el poco talento de un pobre médico de aldea.

Eva estaba con la cabeza apoyada sobre la mano, y no comía.

De repente se volvió bruscamente hacia mí, y prorrumpió en sollozos.

—¡Ah! señor doctor, me dijo, bien, bien lo veo, usted está también inquieto.

—No, señora, no, respondí hablando á la ventura: ¿Porqué he de estar inquieto?... Se habrá detenido á comer con el notario. En el camino no hay ningún riesgo, y nadie sabe además que él viene con dinero...

Uno de los pensamientos que entonces me preocupaban, acababa de ser revelado á pesar mío.

Yo sabía que una partida de segadores forasteros había atravesado la aldea por la mañana para llegar á un departamento vecino.

Eva lanzó un grito al oir mis palabras.

—¡Ladrones! ¡ladrones! no había pensado en ese peligro.

—Pero, señora, si hablo de él únicamante para decir que no existe.

—¡Oh! no; esa idea le ha ocurrido á usted porque imagina posible esta desgracia. William! ¡mi querido William! ¿por qué me has abandonado? dijo derramando un torrente de lágrimas.

Yo estaba en pié, afligido con mi torpeza, dudoso en todos mis pensamientos, murmurando algunas palabras sin consecuencia, y conociendo, para cúmulo de desgracia, que iban á saltárseme las lágrimas.

—¡Vamos! voy á llorar, me dije á mí mismo; ¡no me faltaba otra cosa!... Por fin me ocurrió una idea.

—Señora, le dije, no puedo ver á usted en tan grande angustia, sin tener nada que decirle, nada que sirva á usted

— 163 —

de consuelo. Así, pues, en este instante voy á salir en busca de Mr. Meredith; tomaré al acaso uno de los dos caminos del bosque; pero no importa, miraré por todas partes; llamaré; iré, si es menester, hasta la ciudad.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, amigo mío! prorrumpió Eva Meredith. Que le acompañe á usted el jardinero, el criado; recórralo usted todo.

Entramos precipitadamente en la sala, y Eva tiró con agitación del cordón de la campanilla.

Todas las personas de la casa abrieron á la vez las diferentes puertas de la pieza en que estábamos.

—Seguid al Dr. Bernabé, dijo Mme. Meredith.

En aquel momento se oyó sonar claramente sobre la arena del jardín el galope de un caballo.

Eva arrojó un grito de alegría que traspasó todos los corazones: Jamás olvidaré la divina expresión de gozo que se retrató repentinamente en su semblante, todavía inundado de lágrimas.

Volamos ella y yo hacia la escalera.

La luna en aquel instante, saliendo de entre las nubes; nos dejó ver claramente á un caballo cubierto de espuma, que corría sin ginete, arrastrando las bridas y azotando sus propios hijares, cubiertos de polvo, con los estribos vacíos.

Un segundo grito, esta vez horrible, arrojó Eva desde lo profundo de su pecho, y se volvió hacia mí con los ojos fijos, la boca entreabierta y los brazos colgando.

—¡Amigos míos! grité á los criados consternados, encended hachones y seguidme!...

Vamos á volver pronto, señora, y espero que en compañía de su esposo de usted; debe estar ligeramente herido: alguna caída..... No pierda usted el valor: pronto volveremos.



El proyecto de responsabilidad civil de los funcionarios públicos, leído en el Senado por el Sr. Silvela, tiene carácter verdaderamente democrático. Somete al resarcimiento de daños y perjuicios, en los casos de infracción legal, á todos los funcionarios gubernativos, sin distinción de categorías, desde ministro de la Corona.

No se limita el proyecto á sentar un principio teórico de difícil aplicación. El obstáculo principal con que luchan las leyes de responsabilidad, suele hallarse en el procedimiento señalado para hacerla efectiva. Mas, en este caso, el procedimiento es breve y sencillo: el que la ley de Enjuiciamiento establece para los incidentes, la instancia única; la jurisdicción, la ordinaria, las Audiencias territoriales, salvo el caso de que el demandado sea ministro de la Corona, pues entonces sustanciará el asunto una Comisión del Senado. Pero, aun en este caso especial, se dan garantías eficaces, puesto que la sentencia de la Comisión queda firme si en plazo breve no recae acuerdo de la Cámara acerca de ella.

Se procura, pues, en el proyecto, dar amplias seguridades á los derechos de los ciudadanos, y es aquél una medida que puede contribuir grandemente al saneamiento y mejora de la Administración pública en todos sus grados.

—En la parroquial de Santa María, continúan las Cuarenta Horas en honor á la Santísima Trinidad. Se manifestará á las nueve de la mañana, siguiendo la misa Mayor.

Por la tarde, á las seis y media, vísperas y Completas, Novenario y reserva.

—Se nos suplica la inserción de las siguientes líneas:

«La Junta General que debía celebrarse el próximo domingo, á las diez de la mañana, en el local de la Escuela Superior, para tratar de los festejos que en breve han de celebrarse en honor del profesor D. Gonzalo Faus Sanchiz, con motivo de sus bodas de oro, ha sido aplazada para el domingo 14 del actual, á las diez de la mañana, en la propia Escuela.

Si alguna persona no ha sido visitada por las comisiones nombradas al efecto y desea adherirse al pensamiento, se le suplica pase por la mencionada Escuela Superior, en donde se le darán algunos pormenores de la fiesta proyectada.»

—Recordamos á nuestros lectores que con el presente mes termina el período voluntario para adquirir las cédulas personales correspondientes al año natural corriente.

—Anteayer por la tarde, pasó revista de presente en la esplanada de San Roque, las fuerzas del Regimiento de Vizcaya y practicaron ejercicios del manejo del arma, amenizando estos actos la banda militar.

—Los señores Hijos de Pascual Aracil, han presentado en el Gobierno civil de Alicante, instancia y planos para el proyecto de un Puente Viaducto sobre el río Barchell.

—Ha sido nombrado cura ecónomo de la parroquia de Muro, el que lo era de Jávea, D. Salvador Sanchiz Calap.

—«El Diario Oficial del Ministerio de la Guerra» publica la relación de los primeros tenientes de infantería aptos para el ascenso. Entre ellos figura nuestro paisano y amigo D. Santiago Pérez Frau, del regimiento de Vizcaya, actualmente de guarnición en Chinchilla.

—Ha dado á luz un niño, con toda felicidad, la distinguida esposa de nuestro estimado amigo D. Joaquín Pacheco, teniente coronel del regimiento de Vizcaya, á quien enviamos nuestra enhorabuena, lo propio que á su apreciable familia.

—La comisión de repatriados de Madrid ha acordado celebrar una manifestación de protesta contra el hecho de que el ministro de Hacienda sólo haya entregado al de la Guerra millón y medio (1.659 000) de los diez y pico que le facilitó el Banco Hipotecario.

—Un caso de divorcio archioriginal acaba de darse.

Dos esposos que llevaban varios años unidos por el vínculo santo del matrimonio, llegaron á sentirse cansados de vivir en compañía, y resolvieron, de común acuerdo, separarse.

Entablaron demanda de divorcio, y cuando el Tribunal pronunció su fallo, de conformidad con las pretensiones de los esposos aburridos, éstos, cogidos del brazo, se dirigieron en unión de los testigos del juicio y de varios amigos á un gran restaurant, en donde comieron opíparamente.

Durante el banquete reinó la mayor alegría. Más semejaba una comida de novios que fiesta de «descasados».

Muy nuevo, ¿verdad?

Finalmente ¡oh lectores!

Podemos anunciar que ha sido vencido el terrible mal venéreo y sifilítico. Para detalles léase el anuncio «Confites antivenéreos, Roob antisifilítico, Inyección Vegetal COSTANZI».



Santo de hoy.—San Norberto obispo y fundador.

Santo de mañana.—La Santísima Trinidad y San Roberto abad.



INFORMACIÓN ESPECIAL DE NUESTRO CORRESPONSAL SR. PUIG

(ALCANCE POSTAL)

Madrid 4

En el Congreso

En el Congreso ha estado reconcentrada la atención en el salón de sesiones.

Se ha evidenciado de tal manera el desconocimiento en la Comisión de Actas, de tal suerte se ha revelado la falta de criterio fijo, se vota y se revota con tanta facilidad en ella, son de tal manera inciertos sus juicios, se ha puesto tan de relieve esta anarquía con motivo de las actas de Granada, que al ser puestas hoy á discusión, la gente política y los curiosos dirigieron su atención al salón de sesiones, donde se hizo público ese estado de cosas, bien lamentable por cierto, pues se han manifestado tan diversos criterios, que en pocas ocasiones se habrá dado un fenómeno igual, habiendo transcendido á la mayoría los efectos de esa división de pareceres.

A última hora fueron llegando algunos diputados de los que estuvieron en el Senado, y por ellos se conoció una impresión del discurso que el Sr. Montero Ríos pronunció esta tarde en aquella Cámara.

Los fusionistas

Ha llamado la atención que no haya asistido á la sesión del Senado ninguno de los ex ministros fusionistas que llevan la dirección de la minoría en el Congreso, y fué muy comentado el hecho de que el Sr. Salvador, no sólo no tomara asiento en los escaños de la Alta Cámara mientras habló el Sr. Montero, sino que abandonó el salón antes de que éste terminara.

En la minoría fusionista del Congreso ha producido buen efecto el discurso, y el señor Silvela, al contestarle, se encargó de darle gran relieve.

Voto en pro

El general López Domínguez manifestaba, después de terminar el Sr. Montero su discurso, que se hallaba, en general, muy de acuerdo con la tendencia de aquél, salvo pequeñas discrepancias, que matizadas convenientemente pueden permitir que lo dicho por el señor Montero Ríos sirva de lazo de unión para los intereses democráticos.

Comisión de actas

Madrid 5 (14-10)

Esta mañana ha estado reunida en el Congreso la Comisión de Actas, despachando algunos dictámenes que serán leídos á primera hora en la sesión de esta tarde.



SERVICIO DE NUESTRO CORRESPONSAL L. LOTY

Madrid 5 (16-45)

Interior 4 por 100 contado . .	77'30
Id. fin de mes.	77'40
Amortizable 5 por 100 al contado	96'90
Id. fin de mes . . .	00'00
Carpetas, contado	00'00
Id. fin de mes	00'00
Exterior 4 por 100.	00'00
Banco de España	486'00
Comp.ª arrendataria de tabacos.	443'00
Banco Hip.º, cédulas 5 por 100	103'20
Id. . . . . 4 por 100	101'50
París á la vista	36'10
Londres	34'29

Imp. del HERALDO DE ALCOY

ANUNCIOS

HERALDO DE ALCOY

DIARIO DE AVISOS, NOTICIAS E INTERESES GENERALES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Alcoy, un mes.	1 pta. 50 cts.
Fuera, trimestre.	5 »
Extranjero, trimestre.	10 » 50 »

ESQUELAS DE DEFUNCIÓN

Se reciben en la imprenta de este periódico, á cualquier hora del día y de la noche.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA

Arias Miranda, 1, bajos